

GEOMETRÍAS

Eleuterio Sáenz Martínez

El camino parece infinito y me extasía. Me fascina igual que el cóncavo de esquinas que se forman en el alero de mi casa. Recortan el cielo marcando sus márgenes para hacerlo asequible. El azul encuentra la frontera en el gris y confunde sólido y gaseoso. El aire se transforma en un cubo compacto. Sólo las rectas son limpias. Así pierdo la mirada en la percepción angulosa que para otros carece de dimensiones.

La dictadura de la simetría también somete mi fisionomía. Me miro al espejo y compruebo que la rigidez se ha adueñado de mi rostro. Entre los listones rectos que enmarcan el cristal hay una nariz alineada entre una mandíbula sin protuberancias. Limpia. Canina. Sobre ella, una mirada a la que les gusta fotografiar mil veces los cables de la luz. Ésos que van empequeñeciéndose a la sombra exacta de sus vecinos. Hacia arriba y hacia adelante: como un escuadrón matemático, asumen su orden en medio de la nada.

Igual que cuando sobrepaso la vía del tren. Aguardo sobre la valla y sólo espero a que pase una locomotora. Un tren que remarque las líneas de los raíles cóncavos del horizonte. Cuando vuleve a marcharse me reclino. Toco el metal con mi cara y afilo los ojos. Juego a que hay un diafragma en mi retina, y llego hasta el punto final que me dice que ninguna arista se escapa del dibujo. Ni un gramo de óxido raído destruye la horizontalidad. Me lleno de aire y me marcho.

La calle es una secuencia de ritmos hegemónicos. A una farola le sigue un pilar y a éste, una nueva farola flanqueada por otro pilar junto a más farolas. La ordenación de cada palmo de acera mantiene esa pauta hipnótica. Evito los adoquines maltrechos. Mis paseos se restringen a visitas por las zonas recién construidas de la ciudad. Sólo las calles desprevenidas aún de vida cumplen el rito de la funcionalidad plácida. Allí incluso los colores acompañan la cadencia. El uso no ha aniquilado todavía el dibujo de las formas.

Por eso me gusta conducir. Ver como el coche deglute las rayas blancas del asfalto. A la sucesión de las marcas se suma, sentado junto al volante, un compás sonoro cuando llega a la alameda. Nada hay que pensar. Sólo contar tres y recibir una ráfaga idéntica. Quito la vista de la carretera para clavar mi mente cada una de las franjas. De repente, algo brusco, garabatos, luces informes y una espiral angustiada.

Maldita curva, tú quebraste mi ritmo, tú rompiste mis piernas.